

GÜNTHER ANDERS

SOBRE EL FIN DEL PACIFISMO

—— GÜNTHER ANDERS ——

SOBRE EL FIN DEL PACIFISMO
(Una entrevista imaginaria con Günther Anders)

Este libelo es gratuito.

Copia, difunde y colorea.

**Introducción de César de Vicente Hernando, extraída del
libro “Estado de necesidad y legítima defensa” .
Centro de Documentación Crítica, Madrid 2007.**

Biblioteca Anarquista La Revoltosa
Alcorcón, septiembre 2012
bibliotecalarevoltosa@gmail.com
www.bibliotecalarevoltosa.wordpress.com

Y SI ESTOY DESESPERADO, ¿A MÍ QUÉ ME IMPORTA?

Nota editorial

«La resistencia no-violenta es violencia porque es resistencia»

Friedrich Zimmermann

En estos tiempos en que la resistencia pasiva se ha convertido en atentado a la autoridad y el estado de excepción se ha vuelto norma, la lectura de este texto del filósofo alemán Günther Anders se torna más que recomendable. Cuando los poderes tienen la capacidad de intimidar de manera constante y global instalando la coacción como costumbre, el debate no se encuentra situado en el terreno de la violencia o la no-violencia, sino en el campo de la responsabilidad moral, en intervenir o en dejar hacer.

Precisamente esto es lo que plantea Anders en esta pequeña entrevista imaginaria que ahora presentamos: la legitimidad de la defensa ante la amenaza permanente y completa que se ejerce de forma cotidiana por los poderosos. Más que legítima, la defensa se vuelve una obligación moral, y el empleo de la violencia, un derecho –a pesar de que no se encuentre legitimada por los estamentos legales, los cuales aspiran a su monopolio.

3

El compromiso con la ‘paz’ no se adquiere con simples declaraciones ni con protestas puramente verbales, sino anteponiendo lo moral a lo legal. De otra manera, se podrá aspirar a ser un buen legislador, un buen policía o un *Eichmann* más¹, pero no a un sujeto plenamente consciente y responsable. Poner coto a las coacciones pasaría entonces por dar respuesta a sus amenazas, por no dejar hacer, por mostrarles que su violencia no sale gratis. O expresándolo con las mismas palabras del autor, logrando *aniquilar el peligro poniendo en peligro a los aniquiladores*.

Según lo anterior, todo aquel que en algún instante haya sido consciente de las atrocidades que acontecen asiduamente en el mundo, no puede posicionarse de forma tan ligera bajo el paraguas de la no-violencia como

¹ *Adolf Eichmann, principal responsable del transporte de judíos hacia los campos de exterminio nazi. En 1960, cuando fue juzgado, quiso reducir su responsabilidad en la matanza, con el argumento de ser un simple ejecutor de las órdenes de sus superiores. En ese sentido, para Anders, Eichmann no sería un caso excepcional sino el arquetipo del ciudadano de la sociedad actual que, como consecuencia de vivir en un mundo objetivamente envilecido, no es capaz de sentirse corresponsable de ese envilecimiento.*

principio inquebrantable. Si a ello se añade la superioridad técnica de lxs agresorxs frente a lxs agredidxs, la lucha resulta más compleja -pero no por ello, nos libra de la obligación de continuarla. Y eso pasaría, a día de hoy, por superar los cauces de las pseudoacciones no-violentas devenidas en espectáculo y fiesta.

Todas estas ideas y alguna otra más, son las que recorren este texto y parte de la obra de Anders. Esperamos que empujen a alguna reflexión, a debates acalorados o a acciones intempestivas.

Alcorcón, septiembre de 2012.

INTRODUCCIÓN

Un artículo introductorio a la obra de Anders, publicado en la revista italiana *Comunità* por Pier Paolo Portinaro (después editado como libro), caracterizaba en estos términos la razón de ser de su trabajo crítico. Con el mismo se ponía en relación el pensamiento del filósofo alemán con los ensayos de otros dos compatriotas suyos que, sin embargo, transitaban caminos muy diferentes: *“El principio esperanza”* de Ernst Bloch, que consideraba la proyección utópica como punto inicial de la transformación del mundo, y *“El principio de responsabilidad”* de Hans Jonas, en donde se apela al temor como forma de concienciación acerca de las posibilidades de salir del peligro atómico en que la humanidad estaba sumida desde 1945. Probablemente el término «desesperación» se muestre más exacto si tratamos de explicar las ideas de Anders en los últimos años de su vida, y siempre que no lo consideremos como una cuestión psicológica sino como una actitud vital.

Acabada la Guerra de Vietnam a comienzos de los setenta, EE.UU., sin embargo volvió a una política de rearme con el proyecto de Iniciativa de Defensa Estratégica (1983), más conocido como «Guerra de las Galaxias»; los gobiernos de Francia e Inglaterra aumentaron sus investigaciones sobre armas nucleares (ya de quinta generación), y varios países del mundo (Pakistán, India, Israel, entre otros) se sumaron a la producción de armas atómicas y a la construcción de centrales nucleares (cuyo número llegó en 2006 hasta casi 400). El triunfo en los principales países del llamado «bloque occidental» de políticas liberales radicales (llamadas habitualmente «neoliberales») favoreció la despolitización y la desmovilización de la sociedad que había caracterizado los años sesenta. De nada sirvieron moratorias, acuerdos firmados para limitar el tipo de armas, grandes movilizaciones ciudadanas, etc. Todo ello vino acompañado de un proceso de acumulación ideológica (la postmodernidad) que puede interpretarse como una lógica cultural del capitalismo tardío (según enseñó Jameson), y cuyas consecuencias Anders definía precisamente en una entrevista de 1989 titulada «Si estoy desesperado, a mí que me importa»: «*ni siquiera cabe decir, como solía decirse en los años cincuenta que la gente ha aprendido a ‘vivir con la bomba’. La gente simplemente ha olvidado la bomba*» (Anders, 1995:88). Así, pues, el horror que supuso para Anders la metamorfosis que había sufrido la condición humana en la primera mitad del siglo XX con la aparición de las armas atómicas, y que puede caracterizarse con sus tesis sobre la obsolescencia del ser humano, sobre la desproporción entre nuestra limitada capacidad de representarnos las consecuencias de nuestros ilimitados logros técnicos y sobre la naturaleza maquinales de nuestro

mundo actual que funciona sobre el principio del máximo rendimiento (el capitalismo), se había hecho más evidente aún a comienzos de los años setenta. Puede sintetizarse con el título de uno de sus libros *“Tiempos del fin y fin de los tiempos”* (1972), es decir, la posibilidad de destrucción de la humanidad. A todo ello vinieron a sumarse numerosos accidentes nucleares en diferentes países, uno de los cuales, el de la central soviética de Chernóbil en 1986, constituyó un acontecimiento histórico. La posición de Anders se radicalizaba ante la gravedad de esta situación. En sus *«Diez tesis sobre Chernóbil»* afirma: *«estamos en peligro de muerte por actos de terrorismo perpetrados por hombres sin imaginación y analfabetos sentimentales que son hoy omnipotentes»* (Anders, 2007:160). Se trata, pues, de una condición preliminar para definir la relación que liga al ser humano con el derecho. Anders lo llama *«estado de necesidad y legítima defensa»*, es decir, un concepto legal que exime la pena a quien actúa por tal necesidad, es decir, por una acción que busca salvar un determinado bien (la vida de la humanidad) sacrificando otro bien de igual valor (la vida individual de los potenciales asesinos, los omnipotentes). El problema que, sin embargo, plantea la tesis de Anders de amenazar la vida de los responsables de esa potencial destrucción como modo de defensa es, precisamente, que tal estado de necesidad requiere ser comprendido intelectualmente y no se deriva de ninguna situación de hecho (por ejemplo, cuando alguien tiene que repeler una agresión que le puede costar la vida). Más claramente, que existe una “desproporción” podríamos decir, entre un peligro y otro.

Anders no renunció nunca a tres ideas fundamentales: la primera, la máxima socrática de que una vida sin examen no merece ser vivida, que impulsó justamente sus análisis sobre la conducta humana. La segunda, la idea nietzscheana de que el sistema de juicios de valor que es la moral está en relación con las condiciones de existencia de un ser. La tercera, procedente de Kant, que sostiene que un ser racional debe pensar sus máximas, esto es, los principios prácticos de su voluntad, como leyes prácticas universales. Es indudable que para Anders es la situación (categoría fundamental de su filosofía) la que define esos marcos referenciales en los que se constituye la identidad (Taylor), esa estructura social de juicios de valor solidificada en forma de principios objetivos (moral) y de principios objetivados (leyes), y no ninguna fórmula de carácter obligatoria recibida por una autoridad trascendente al modo de las que definen las religiones. Anders también distingue responsabilidades. En la mencionada entrevista de 1979, Anders disuade a su interlocutor, Mathias Greffrath, de considerar cualquier otro origen que no sean los hechos para dar cuenta de la misma; *«no me parece — dice — que los hombres de hoy, que cometen tamañas monstruosidades genocidas, sean*

'peores' que los hombres de generaciones anteriores. Las cualidades morales del hombre medio, de mi vecino, por ejemplo, que es un hombre muy bondadoso, seguramente no son menores que la de sus padres y abuelos, mientras se trate de actuar dentro de un ámbito humano que se puede abarcar a simple vista. Las consecuencias de lo que los hombres de hoy pueden provocar con ayuda de nuestra técnica perfeccionadísima en cierto sentido son culpa nuestra». En *"Más allá de los límites de la conciencia"* (1961), llamó al piloto del avión que tiró la bomba atómica sobre Hiroshima «culpable sin culpa». Pero en un libro posterior, *"Nosotros los hijos de Eichmann"*, de 1964, consideró que esta «condición» no era aplicable a quienes, como el oficial nazi, pudieron imaginar y hasta ver las consecuencias de esta capacidad técnica.

Esta distinción es básica en los escritos de *Estado de necesidad y legítima defensa*, en donde se invierte la perspectiva desde la que Anders comenzó a analizar nuestra época atómica pasando de una consideración de la constitución de un sujeto moral ciego que se produce en las décadas siguientes a la explosión de las bombas de Hiroshima y Nagasaki, y a la cual dedica numerosos escritos y ensayos; a una consideración de la constitución de un sujeto moral consciente en la década de los setenta y ochenta, que sigue el mismo esquema de la tesis 11 sobre Feuerbach de Marx y que podríamos rehacer así: los individuos se han limitado a intentar comprender el mundo atómico de diferentes modos, ahora se trata de transformarlo hasta hacer desaparecer su potencial destructor, es decir, hasta dejarlo solamente en mundo. Si en los *"Mandamientos sobre la energía atómica"* (1957) concluía con el principio «no podemos no poder» y la interpelación a enseñar a la humanidad que «ninguna medida que tomemos, ninguna destrucción material de estas cosas [los artefactos y armas nucleares], constituirá jamás una garantía absoluta; que nuestra tarea es más bien renunciar decididamente a dar el paso, aunque siempre será posible darlo» (Anders, 2007:86), en las *"Tesis sobre Chernóbil"* considera que «nuestros deberes son más serios» porque «debemos molestar de verdad a esos obtusos omnipotentes que pueden decidir sobre el ser o no ser de la humanidad, tenemos que atarles las manos de verdad» (Anders, 2007: 160). Este paso de una consideración del sujeto moral a otra viene alimentado por la inutilidad de los actos de desobediencia civil y lucha pacífica que se organizaron a lo largo de los años cincuenta y sesenta. Como alternativa, y en las precisas condiciones que se describen en los distintos artículos que publica en la década de los ochenta, esto es, en condiciones de estado de necesidad, Anders concibe la «contra-violencia cuyo nombre es legítima defensa».

Con *"La amenaza atómica"* (1981), Anders comenzó a publicar una serie de libros en los que compila buena parte del material ensayístico y periodístico que tenía o en los que elabora textos sintéticos que contenían ideas ya hechas

públicas en diferentes momentos. A este siguieron, entre otros, “*Das Günther Anders Lesebuch*” (1984), “*Gewalt, ja oder nein. Eine notwendige Diskussion*” (1987)² y, “*Günther Anders antwortet. Interviews und Erklärungen*” (1987), los tres últimos recopilaciones hechas por diferentes editores: Bernhard Lassahn, Manfred Bissinger y Elke Shubert respectivamente. “*Violencia sí o no*” [...] fue publicado por la editorial Knauer como libro de la revista ecologista y de crítica de la civilización *Natur*, una publicación que había fundado en 1980 Horst Stern y cuyo redactor-jefe, entre 1985 y 1989 [...] fue el periodista Manfred Bissinger que poseía ya una sólida y prestigiosa carrera al frente de *Stern* o *Konkret*. [...]

Si como creía Anders, lo monstruoso pudo –y puede- darse en nuestra sociedad; si realmente es posible la destrucción de la vida tal y como señalan sus obras, entonces este libro forma parte también de una de las tareas que nos propuso: enseñarnos a ver lo que no podemos ver debido a nuestra ceguera, traducir a palabras lo que todavía no tiene sitio en el lenguaje, y comprender que la tarea de acabar con la trágica situación no se salda con la protesta solamente.

César de Vicente Hernando³

² *Violencia, sí o no. Una discusión necesaria.*

³ Autor del libro “*Günther Anders, fragmentos de mundo*”. La Oveja Roja, Madrid 2010.

GÜNTHER ANDERS

SOBRE EL FIN DEL PACIFISMO

(Una entrevista imaginaria con Günther Anders)

<<Ninguno de aquellos (y me refiero sobre todo a políticos, los generales, los científicos y los periodistas) ninguno de aquéllos que están preparando el genocidio nuclear, amenazando con él o aceptando su posibilidad mediante las instalaciones nucleares llamadas pacíficas, ninguno de ellos debe poder estar seguro en su vida. Puesto que ellos nos están provocando angustia sin cesar, de manera programática y profesional, ya es hora de que también ellos tengan que vivir angustiados. Debemos amenazar a quienes nos están amenazando. Y no sólo amenazarlos, sino amedrentarlos convirtiendo alguna que otra vez nuestras amenazas en realidad, para que comprendan, para que cambien de actitud. Para que al final nadie esté amenazado, ni nosotros ni ellos. No sé si lo conseguiremos, si mediante nuestra contra-amenaza podremos neutralizar el peligro en que se encuentra la humanidad. Pero lo que sí sé es que no lo conseguiremos sin esta contra-amenaza>>.

Charles Meunier, en *Le Canard Déchainé*, febrero de 1986.

9

1. Fin del pacifismo

ENTREV.: Según cierto rumor, usted protesta en contra de que lo llamen «pacifista». Comprenderá que ese rumor nos desconcierte, nos asuste incluso.

G. ANDERS: No hace falta. Lo único que quiero decir, al rechazar esa clasificación, es que quien hoy en día siga llamándose «pacifista» parece suponer acriticamente que los objetivos de la política de poder pueden alcanzarse también con métodos no pacíficos. Pero como ése ya no es el caso, puesto que hoy en día cualquier guerra, o por lo menos cualquier guerra entre potencias mundiales (aunque también los estados pequeños han alcanzado ya la «mayoría de edad nuclear»), desembocaría automáticamente, y probablemente, al cabo de pocos minutos, en una catástrofe total: puesto que - como afirmé hace ya treinta años- no existe ya ningún objetivo bélico que no quedaría destruido por los efectos de los medios bélicos empleados, porque cualquier efecto sería incomparablemente mayor que cualquier objetivo concebible o deseable, por todo ello no hay más alternativa que ser pacifista. La consigna, de todas maneras falsa, de que «el fin justifica los medios», hoy

en día deberíamos reemplazarla por la noción verdadera de que «los medios destruyen los fines». Y porque esto es así, ya no hay más alternativas que ser pacifista. Y por eso no lo soy. Donde ya no hay alternativa, un término especial como el de «pacifista» se vuelve superfluo.

ENTREV.: Le estamos muy agradecidos por esta aclaración. Y tanto más agradecidos en cuanto también se rumorea, curiosamente, todo lo contrario acerca de usted.

G. ANDERS: ¿Qué se rumorea?

ENTREV.: Que usted... Disculpe, pero yo no soy responsable de ese rumor...

G. ANDERS: ¿Qué rumor?

ENTREV.: Que usted se ha pronunciado explícitamente en contra de la exclusividad de la no violencia como principio.

G. ANDERS: ¿Pero por qué habría de ser eso un rumor? ¡Si es la pura verdad!

10

2. Nuestra negación de la no violencia es la afirmación de nuestro derecho a la legítima defensa bajo el estado de excepción

ENTREV.: ¿La pura verdad?

G. ANDERS: Ese asombro suyo produce la impresión de que usted cree que yo me he adherido alguna vez explícitamente al principio de no violencia. De eso, naturalmente, ni hablar.

ENTREV.: ¿Usted llama «natural» a ese cambio de chaqueta?

G. ANDERS: ¿Qué yo lo «llamo» así? ¿Y qué «cambio de chaqueta»? ¡El derecho a la legítima defensa de personas que están amenazadas de muerte, que pueden ser agredidas en cualquier instante, es, naturalmente, algo natural! Incluso el derecho natural.

ENTREV.: ¿Usted llama «legítima defensa» a la renuncia a la no violencia?

G. ANDERS: ¡Otra vez ese «llamar»! ¡Es legítima defensa! Y puesto que la amenaza es total y la posible destrucción es global, nuestra legítima defensa debe ser total y global. Debe convertirse en la guerra de defensa de todos los amenazados. Y eso quiere decir: de todos los seres humanos de hoy y de mañana.

3. La moral está por encima de la legalidad

ENTREV.: ¿Cómo y por qué ha llegado usted a esa... extraña posición?

G. ANDERS: ¿Extraña? Lo extraño, lo que necesitaría aclaración, sería, por el contrario, que no hubiera llegado a esta posición.

ENTREV.: ¡Y dale con dar la vuelta a mis preguntas!

G. ANDERS: Bueno, bueno. Alguien cuya vida haya transcurrido, como la de mi generación, en la época de las dictaduras y de las guerras de agresión, alguien que haya vivido conscientemente esta época durante más de setenta años...

ENTREV.: ¿Cómo?

G. ANDERS: Sí, desde agosto de 1914. Quien haya vivido conscientemente esta época, y ello significa: quien no haya, en ningún instante de su vida, apartado la mirada, quien no haya podido apartar la mirada de las atrocidades que sucedieron mientras vivía, no importa dónde sucedieran (porque la distancia no disminuye nuestra obligación); y quien incluso en los instantes de alegría no haya apartado la mirada, ni en los tiempos de dicha, porque en lo emocional siempre hay que «tocar a dos manos»...

ENTREV.: (Da señales de completa incompreensión)

G. ANDERS: Tampoco tenía mucho mérito. Ni lo tiene, quizá sea incluso un defecto. Sea como sea, quien haya sido contemporáneo de Verdún y de Auschwitz y de Hiroshima, de Argelia y Vietnam, etc., etc... Si usted pudiera escuchar todo lo que sucede en el mundo, aunque la mayoría de nosotros somos sordos, entonces tendría que taparse enseguida los oídos, porque el estruendo que llega desde todos los lados a la vez no cesa ni un instante...

ENTREV.: (Se tapa los oídos, espantado.)

G. ANDERS: ¡Déjelo usted! Quien haya estado, pues, condenado, y lo siga estando todavía, a vivir esta época, a oír sin cesar su estruendo, día tras días, año tras año...

ENTREV.: ¿Sí?

G. ANDERS: Y ahora viene la consecuencia que usted no esperaba...

ENTREV.: ¿A ver?

G. ANDERS: Ese no puede, no tiene derecho a convertirse en abogado de la no violencia a cualquier precio, ni a serlo ni a seguir siéndolo, porque los agredidos, las víctimas del chantaje -cosa que concede no sólo el derecho internacional sino incluso el derecho eclesiástico-, están legitimados, obligados incluso, a ejercer la defensa legítima ante las amenazas de violencia y, con más razón todavía, ante los actos de violencia. Los adversarios de lo nuclear estamos librando, por tanto, como ya dije, una lucha defensiva contra unos amenazadores tan enormes como nunca antes han existido. Tenemos, por tanto, el derecho a emplear la violencia contra la violencia, aunque no esté respaldada por ningún poder «oficial» ni «legal», es decir por ningún Estado. Pero el estado de excepción legitima la defensa: la moral está por encima de la legalidad. Creo innecesario justificar esta regla doscientos años después de Kant. El que a los kantianos hoy en día se nos califique de «amigos del caos» no nos ha de inmutar, aunque creamos ahogarnos en hedor a cerveza al escuchar esa palabra, porque no es más que una muestra del analfabetismo moral de quienes nos etiquetan así. Puesto que sabemos quién fue el ingenioso acuñador de esa inventiva, el mismo hombre que hace ya años nos llamó «ratas» y «cagarropas»⁴, deberíamos aceptar también ese apelativo como un título de honor. Yo por lo menos lo hago.

4. La capacidad de ejercer violencia, llamada «poder», se arroga el monopolio de la legalidad

⁴ Se refiere a Joseph Strauss, político alemán (1915-1988) militante durante los años treinta de la Asociación de Estudiantes Nazis y, durante la guerra, miembro de la Wehrmacht. Miembro del primer parlamento alemán tras Hitler, por la Unión Cristiana de Baviera, Strauss tuvo a su cargo la cartera de Asuntos Especiales (1953), de Energía Nuclear (1955), de Defensa (1956), de Hacienda (1966) con distintos gobiernos salidos de diferentes coaliciones de partidos. En 1978 dejó el parlamento alemán para incorporarse al Parlamento Regional de Baviera, del que fue su primer ministro. Strauss defendió en todo momento posiciones de ultraderecha.

G. ANDERS: Nos llaman «amigos del caos» porque no reconocemos el monopolio de su poder basado en la violencia, es decir, en la capacidad para amenazar y golpear. Puesto que ellos hacen pasar el poder, su poder, por orden, nosotros somos eo ipso⁵ los desordenados, los amigos del caos, a quienes se les reprocha hasta el peinado, el cabello largo que para Durero o Schiller era todavía normal, como una muestra de desaliño, o sea de criminalidad, o sea de bolchevismo. Por lo visto, quien lleva el cabello largo (aunque el número de melenudos entre los enemigos de lo nuclear es bastante reducido) no tiene derecho a defender el derecho de la humanidad a la supervivencia. Por absurdo que sea, los Strauss y los Zimmermann⁶ usan como argumento a favor de Wackensdorf y otras instalaciones nucleares la afirmación de que sólo la gente sucia y melenuda se opone a la carrera armamentística nuclear⁷.

5. La inversión

G. ANDERS: Al mismo tiempo que nosotros, a los defensores de la paz y los adversarios de la amenaza, se nos tacha de «violentos» cuando no nos limitamos a las protestas puramente verbales, todas las potencias verdaderamente agresivas se consideran a sí mismas defensivas. Detrás de la intoxicación química de Vietnam o del reciente bombardeo de Trípoli no estaba, obviamente, ningún «Department of Aggression» sino un «Department of Defense», aunque evidentemente ni a Vietnam ni a la minúscula Libia se les habría ocurrido ni en sueños querer (ni poder) atacar a Estados Unidos. Cuando los agresores se llaman «defensores» (y, corrompidos por su propia mentira, ni siquiera se asombran de llevar y de reivindicar esa etiqueta mentirosa), entonces tampoco sorprende que, a la inversa, nos traten como a agresores a quienes estamos luchando por la paz empleando contra nosotros armas que son claramente armas de guerra, como sucedió, por ejemplo, en Wackersdorf. Esta actividad contrarrevolucionaria suya nos convierte

⁵ En latín: precisamente.

⁶ Friedrich Zimmermann (1925), político alemán, Ministro del Interior en la RFA entre 1982 y 1989, después Ministro de Transportes. Perteneció al Partido Nazi hasta 1945. Tuvo que declarar en 1985 ante un comité parlamentario sobre el espionaje que su ministerio estaba haciendo a diputados de SPD (socialdemócratas alemanes) y de Los Verdes.

⁷ La invocación a las personas de pelo corto (igual a limpieza) en todos los países resulta más cómica todavía si recordamos (cosa que los incultos señores filisteos, desde luego, ni sospechan) que la moda del pelo corto que ellos elogian fue introducida por los *sans-culottes* como protesta contra la aristocracia, que llevaba peluca. Como tantas veces, la ignorancia es fuente de la historia, no sólo de quienes la escriben, sino de quienes la hacen.

efectivamente en revolucionarios y provoca una situación que se aproxima verdaderamente a la de una guerra civil no declarada. Y si un ciudadano sufre algún daño, entonces demuestra con ello que él había sido el agresor.

6. Sobre los *happenings* y la dialéctica de la no violencia.

ENTREV.: El término «legítima defensa» que usted emplea no me deja tranquilo. ¿No sería que usted, al emplear este término, está, digamos, cruzando un Rubicón?

G. ANDERS: ¿Un Rubicón? ¡El Rubicón!⁸

ENTREV.: Eso mismo he querido decir.

G. ANDERS: Pero no soy yo quien lo cruza, pues ha sido cruzado hace mucho por quienes nos amenazan. ¿O considera usted que los culpables son los que se defienden? ¿Usted diría que la defensa nos la estamos inventando?

ENTREV.: No, claro que no.

G. ANDERS: Mire usted. Por lo demás, no hace falta expresar todo esto de manera tan pedante; no es éste el lugar donde presumir de formación humanista, incluso sería señal de cobardía. Cuanto peor sea el tema, con más sobriedad nos hemos de expresar.

ENTREV.: ¿Y cómo expresaría usted todo esto?

G. ANDERS: Ya lo he hecho, pero me temo que usted no lo quiere comprender. Lo que quiero decir es que las meras declaraciones son ineficaces y, por tanto, vergonzosas e inmorales.

ENTREV.: Pero no se puede...

G. ANDERS: Sí se puede o se hubiera podido o se hubiera tenido que poder, lo verá y lo admitirá usted mismo enseguida en cuanto dé un salto al anteayer.

⁸ El antiguo río romano, procedente de la zona central, que Julio César decidió cruzar para iniciar la gran campaña de expansión del Imperio y que, según la tradición, ha quedado como un acto que sobrepasa los límites.

ENTREV.: ¿Qué es lo que quiere decir usted?

G. ANDERS: ¿Cuál hubiera sido la manera de combatir a Hitler? ¿Considera usted inmorales los pocos intentos de eliminarlo, que, por desgracia, fracasaron miserablemente? ¿O hubiera sido inmoral no tocarlo (como efectivamente, salvo excepciones, se hizo), aun sabiendo que sacrificaría sin pestañear a millones de seres humanos a sus objetivos demenciales?

ENTREV.: ¿Cómo puede comparar usted lo de hoy con lo de entonces!

G. ANDERS: Pues no anda usted tan equivocado con esa objeción. Porque lo de entonces fue, pese a los sesenta millones de muertos, sólo el ensayo general de lo que nos espera, que es incomparable.

ENTREV.: ¿Por qué el ensayo general?

G. ANDERS: Porque los Hitler de hoy, al disponer de unas armas que ya ni se pueden llamar «armas», son incomparablemente más peligrosos de lo que fue Hitler. Me temo que usted sólo reconoce como peligrosos a los Hitler del pasado, en tanto fueron peligrosos; a los de hoy usted prefiere no reconocerlos.

15

ENTREV.: (Reflexiona)

G. ANDERS: Pero volvamos al asunto principal. Sólo con los medios de la no violencia (que probablemente ni son medios, porque siguen siendo no violentos) no se pudo combatir a los Hitler del pasado ni se puede combatir a los de hoy. No es sólo que ellos no teman esas medidas y simplemente se rían de ellas, no, ni siquiera se ríen, porque les parecen demasiado insignificantes incluso para reírse de ellas. Tampoco pueden aceptarse como «métodos de lucha» meras inactividades como, por ejemplo, los ayunos, que no hacen daño a los Hitler ni a los Reagan y a los Strauss, sino solamente hacen daño a quienes pretenden, mediante su renuncia al estilo arcaico de los sacrificios religiosos, someter a chantaje a alguien más poderoso. El ascetismo y el dolor que se causa uno mismo jamás han servido para ejercer un chantaje exitoso sobre ningún dios ni potencia alguna. De la misma falta de seriedad pecan sentimentalismos como, por ejemplo, la entrega de ramilletes de flores a los policías, que, armados de porras, ni siquiera están físicamente en condiciones de recibirlos. Dicho brevemente: los *happenings* no bastan.

ENTREV: (Desconcertado) ¡*Happenings!* No le parece que esta comparación va más allá de...

G. ANDERS: No. No va más allá de nada. Ni tampoco es una comparación. Las acciones de resistencia no violenta no sólo se parecen a los *happenings*: son de hecho *happenings*.

ENTREV.: ¿Y por qué lo son?

G. ANDERS: Porque los *happenings* son pseudoactividades lúdicas, son «como-si» que pretenden ser algo más, a saber, acciones de verdad o, cuando menos, bastardos de ser y apariencia, de seriedad y juego.

ENTREV.: Sí, pero...

G. ANDERS: No hay «pero» que valga. Sólo «y». Y en tales «como-sis» y pseudoactividades que pretenden ser acciones consistieron, por lo menos hasta hace uno meses, las manifestaciones de resistencia. (Parece que desde entonces se ha hecho sentir tímidamente la vergüenza de estar sólo haciendo comedia.) Con lo cual no pretendo afirmar, naturalmente, que no haya diferencia entre los *happenings* de los años sesenta y los de ahora. Tampoco los actores y el público, o el adversario, son los mismos. Ni el estilo y el papel social de tales empresas. Los *happenings* de hace veinte años fueron realizados por individuos, con un ropaje pretencioso y a veces ingenioso y surrealista, ante unos congéneres a los que se dirigían como público, mientras que las acciones de resistencia no violenta de nuestros días son actos de masas, a cuyos participantes no se les ocurre la idea de hacer el original e ingenioso; no han oído hablar jamás del surrealismo, sino que se comportan con seriedad pequeñoburguesa, y aun con unción y patetismo. Sin mencionar a los muy numerosos que convierten sus manifestaciones de protesta de la manera más inferior en fiestas populares con salchichas asadas: el banquete funerario anticipado. Y con guitarras: donde triunfa esa gente que zangarrea los tres acordes que sabe, comienza el dominio de la vulgaridad. Es cierto, la diferencia social y de estilo entre los *happenings* de ayer y los de hoy es innegable. Y, sin embargo, se ha conservado la oscilación entre ser y apariencia, entre seriedad y juego. ¿Acaso cree usted que es coincidencia histórica que esos dos «como-sis», esas dos formas de seudooposición o de seudorevolución, los *happenings* y la no violencia, hayan surgido en el mismo cuarto de siglo? ¿No son ambos obviamente los pataleos del hombre privado de poder por la superioridad de los aparatos técnicos y, por tanto, obsoleto?

ENTREV.: Nunca he visto tal relación entre ambas cosas.

G. ANDERS: Entonces es hora de que la vea. Las dos son «como-si» obedientes, terriblemente obedientes.

ENTREV.: ¿Terriblemente obedientes?

G. ANDERS: Exacto. Porque los autores del como-si hasta presumen de su como-si, haciendo pasar pomposamente su ineffectividad por «humanidad» o respeto o incluso hasta por «el espíritu del sermón de la montaña». No hay nada más tremendo, por cierto, que cuando la sumisión y el «valor de ser cobardes» osa reivindicar a Jesucristo.

ENTREV.: ¿Valor de ser cobardes? ¿Jesucristo? No sé de qué me está hablando.

G. ANDERS: De todas las pseudoactividades. En el mejor de los casos se trata -digo «se trata» porque hablar aquí de agentes sería decir demasiado- de gente que protesta de forma no violenta porque les falta toda posibilidad técnica de ofrecer una resistencia real contra la tremenda superioridad de las máquinas; gente que, sin embargo, no se conforma por principio con el como-si sino por mera necesidad. El tercer volumen de *La obsolescencia del ser humano*⁹ deberá contener, desgraciadamente, un capítulo sobre «La obsolescencia de las revoluciones» causada por la superioridad de fuerzas de los instrumentos y de quienes los dominan. Pero el conocimiento de la obsolescencia no debe impedir la reflexión sobre qué nuevos tipos de revolución hemos de inventar o inaugurar. Porque el hecho de que la lucha se haya vuelto más difícil no quita la necesidad de continuarla.

ENTREV.: ¿Tan sistemáticamente ha montado usted sus tesis filosóficas?

G. ANDERS: Las filosofías no se «montan sistemáticamente». ¿Qué quiere decir usted con ello?

ENTREV.: Me refiero a la tesis, que usted defiende desde hace varias décadas, de la superioridad que han alcanzado sobre nosotros los instrumentos que nosotros mismos hemos producido; y me refiero a su crítica de la no violencia y a su escepticismo respecto a la revolución.

⁹ Este libro no llegó a publicarse

G. ANDERS: Repito: «montado sistemáticamente» es una formulación inadecuada. Y además es hacerme demasiado honor, porque la conexión entre los elementos que usted menciona no es obra mía ni mérito mío. Existe realmente; sólo hace falta detenerse a mirar.

ENTREV.: Pero todos eso no es cierto, esa equivocación de *happening* y no violencia... ¿Acaso Gandhi se conformaba con *happenings*?

G. ANDERS: (Tras una pausa de reflexión.) Desde el punto de vista de la historia mundial, me temo que sí. ¿O consideraría usted que la actividad de Gandhi desnudo tejiendo a mano, que se ha divulgado en millones de fotografías, era algo más que un *happening* antimquinista? No pudo parar la industria ni trastocar la miseria de las castas de la India. En serio. Si Gandhi llamaba a la resistencia «no violenta» lo hizo *faute du mieux*¹⁰. Probablemente no se sentía orgulloso sino amargado por tener que conformarse con eso. Lo que quiso decir era: «Tal vez podamos resistir de alguna manera, aunque el poder y, por tanto, la violencia necesaria para actuar no estén a nuestro alcance». Lo decisivo para él -y esto es lo importante- no era la no violencia como tal (como único método moralmente lícito o como principio o como meta) sino la muy reducida eventualidad de ser capaces tal vez de ofrecer resistencia aun a pesar de la falta de armas. Lo principal no era, pues, la afirmación del «sin» (sin armas) sino la del «a pesar de» (la falta de armas).

18

ENTREV.: ¿En resumidas cuentas, usted está a favor de la violencia?

G. ANDERS: Estoy a favor de la violencia como defensa legítima.

ENTREV.: ¿Y eso vale definitivamente, de una vez por todas?

G. ANDERS: ¡No, claro que no! Espero que no. Vale solamente mientras la defensa legítima contra el estado de excepción siga siendo necesaria. Ejercemos la legítima defensa con el fin exclusivo de hacer superflua su necesidad y hacerla desaparecer. Una «dialéctica de la violencia», si quiere llamarlo así.

ENTREV.: ¿Eso es, emplear la violencia a fin de superar la violencia?

G. ANDERS: Exacto. Puesto que no conocemos más que un solo objetivo, la conservación de la paz, esperamos que después de la victoria (si es que la

¹⁰ En francés en el original: "A falta de algo mejor".

alcanzamos, de lo cual hemos de dudar permanentemente) no tengamos ya necesidad de la violencia. Nosotros debemos emplear la violencia sólo como un medio de los desesperados, como contra-violencia, como algo provisional; porque en última instancia no apunta sino al estado de no violencia. Pero mientras los poderes establecidos sigan empleando la violencia contra nosotros, que no tenemos poder alguno, a quienes ellos han privado deliberadamente de todo poder (y, por tanto, contra los nietos que esperamos tener), sea mediante la amenaza de convertir nuestras viviendas en ruinas infestadas de epidemias, sea mediante la construcción de centrales energéticas pretendidamente inofensivas; mientras ellos sigan intentando dominarnos o someternos a chantaje o humillarnos o aniquilarnos, o mientras tan sólo acepten la posibilidad de nuestra destrucción (¡pero ese «tan sólo» ya es bastante!), el estado de excepción nos seguirá obligando -y lo siento- a renunciar a la renuncia a la violencia propia. En otras palabras: en ningún caso debemos abusar de nuestro amor a la paz ofreciendo a los sin escrúpulos la posibilidad de aniquilarnos a nosotros y a nuestros descendientes. Mirar cara a cara a ese peligro sin inmutarse y cruzarse de brazos al mismo tiempo, como hace el noventa y nueve por ciento de nuestros congéneres, no es una muestra de valor, ni siquiera de intrepidez, sino únicamente de humildad (disculpe esta expresión indecente).

ENTREV.: ¿Qué quiere decir usted?

G. ANDERS: Que frente a los que no tienen escrúpulos no hay nada más indigno que la humildad.

ENTREV.: ¡Veo que está usted realmente a favor de la violencia!

G. ANDERS: Repito: a favor de la contraviolencia cuyo nombre es legítima defensa.

ENTREV.: Este maniobrar entre violencia y no violencia, esa afirmación suya de que «la violencia no es violencia», todo esto suena muy poco convincente... Y casi tan ambiguo como las palabras del ministro Zimmermann.

G. ANDERS: La comparación es, cuando menos, original.

ENTREV.: Él ha borrado, al igual que usted, la distinción entre violencia y no violencia. Según el periódico Die Welt dijo: «También la resistencia no violenta es violencia, porque es resistencia». Bonita ecuación.

G. ANDERS: En resumen: la resistencia en cuanto tal es violencia.

ENTREV.: Sí.

G. ANDERS: ¿Y qué se supone hay de parecido entre mi máxima y esa ecuación, ese dictum que resume los principios de todas las dictaduras? ¡Si dice todo lo contrario de mi máxima! Porque lo que yo afirmo -por más que me pese, usted lo sabe- no es que la no violencia sea violencia sino, a la inversa, que el empleo de la contraviolencia que se nos impone es legítimo únicamente porque tiene por meta el estado de no violencia, es decir, asegurar la paz que está amenazada (y no por nosotros). Es un «si y sólo si». ¿Y cree usted seriamente que esta máxima es de la misma ambigüedad moral que la ecuación de Zimmermann que condena toda libertad, toda expresión de una opinión independiente, toda discrepancia?

ENTREV.: (Calla.)

G. ANDERS: Por supuesto que en cierto sentido mi máxima significa también algo negativo: que sólo con buenas palabras, con (como se dice tan repulsivamente) «unidades de caricias» o con argumentos razonables, no seremos capaces de hacer entrar en razón a los partidarios de los misiles y de las centrales nucleares.

20

ENTREV.: ¿Cómo es posible que un racionalista, un ilustrado profesional, hable de esa manera contra la razón y los argumentos!

G. ANDERS: ¡Justamente por ello! Sólo los exaltados sobreestiman el poder de la razón. La primera tarea del racionalismo consiste en no hacerse ilusiones sobre el poder de la razón y su fuerza de convicción. Y esto me lleva una y otra vez a la misma conclusión: contra la violencia, la no violencia no sirve. Aquellos que están preparando o al menos aceptando la aniquilación de millones de seres humanos de hoy y de mañana, nuestra aniquilación definitiva, deben desaparecer, no tienen derecho a seguir existiendo.

ENTREV.: Lo que significa...

G. ANDERS: ¿Quiere que se lo repita otra vez?

ENTREV.: Sí, por favor.

G. ANDERS: ¿No le entra en la cabeza?

ENTREV.: No.

G. ANDERS: Ni a mí. Pero ellos solos no lo van a hacer.

ENTREV.: ¿Y esto significa, pues, que hay que destruirlos?

G. ANDERS: No se haga usted el tonto. Vivir en este mundo no es ninguna ganga. Y el que no tenga el coraje de asumir el convertirse en culpable, sigue siendo inmaduro e...

ENTREV.: ¿Y?

G. ANDERS: ...Inmoral.

ENTREV.: (Sacude la cabeza con incredulidad apasionada.)

G. ANDERS: ¡Sea usted razonable, por favor! ¡Qué opina usted que debería haberse hecho con Hitler, Himmler y compañía una vez que no cabía ya ninguna duda -y eso fue incluso antes de la conferencia de Wannsee¹¹- de que esos... hombres no tendrían el menor empacho en quemar como combustible (es insoportable que esta expresión se oiga todavía en bocas inofensivas) a millones de sus congéneres? ¿Qué le parece a usted? ¿Debería la gente haberse limitado a manifestaciones pacíficas y educadas en contra de ello? Pero ya lo sabe usted mismo: a gente no se atrevió ni a manifestarse pacíficamente. Ni mucho menos...

ENTREV.: Lo sé. Es que incluso eso era imposible.

G. ANDERS: Exacto: porque la resistencia era considerada eo ipso violenta, al estilo de Zimmermann.

ENTREV.: ¿Así que han quedado absueltos?

G. ANDERS: En absoluto. Aquello fue mucho peor todavía.

ENTREV.: ¿Por qué?

¹¹ Conferencia de altos cargos del gobierno nazi en el Palacio de Wannsee, cerca de Berlín, el 10 de Enero de 1942, en la que se decide el exterminio total de los judíos bajo la fórmula "la solución final".

G. ANDERS: Porque ni siquiera se indignaron, no: probablemente ni se dieron cuenta de que ya no podían protestar, de que ya no se les permitía protestar o...

ENTREV.: ¿O qué?

G. ANDERS: O de que ya no deseaban protestar. Al contrario: lo celebraron con júbilo. Celebraron a bombo y platillo, con júbilo y con antorchas, el que no se les permitiera protestar. Disfrutaban con que se les prohibiera protestar, disfrutaban de la servidumbre total como una pertenencia total al colectivo, lo totalmente negativo como algo totalmente positivo. No es culpa de ustedes: lo es de sus padres.

ENTREV.: Tampoco resulta muy consolador.

G. ANDERS: Lo siento. ¿Pero no deberían haber aniquilado ellos a los aniquiladores?

ENTREV.: Es probable que sí. ¿Así que usted compara a los amenazadores de entonces con los de hoy?

22

G. ANDERS: Exacto. Pero también comparo a los no-resistentes de hoy con los de entonces. La tarea de hoy no es menor de lo que habría sido la de entonces. De lo que habría sido. Y quizá sea aún más grande y más inaplazable que la de entonces, porque está en juego aún más que entonces.

ENTREV.: Lo sé.

G. ANDERS: Lo dudo. Y, para volver otra vez a la frase infame de Zimmermann, a aquella frase injusta, escarnecedora, desalmada, antidemocrática y anticristiana de que «la resistencia no violenta es violencia porque es resistencia»: este «porque» es de verdad el «porque» más infame que jamás he escuchado. Con esta frase Zimmermann no sólo atestigua su mentalidad dictatorial sino que verdaderamente presume de ella. Esta frase podría haber sido un ladrido salido de la boca de Hitler. Es un eco que llega con cincuenta años de retraso.

ENTREV.: ¿Usted cree que hemos llegado a casi tanto?

G. ANDERS: No es cuestión de creencias. Quien proclama, como Zimmermann, que la resistencia no violenta es violencia porque es resistencia, niega todo derecho a la disidencia y con ello convierte en usurpación punible toda libre expresión de opiniones, toda crítica de las medidas del poder dominante. Así, por ejemplo, cualquier advertencia contra los juguetes bélicos, por muy amablemente que se exprese, se expondría a la sospecha de ser un acto violento, camuflado de «cristiano» o «no violento» y dirigido contra los llamados «valores de la libertad». No se puede negar, desde luego, que a veces hay casos en que personas amables que defienden abiertamente cosas no ordenadas oficialmente o incluso oficialmente prohibidas consiguen ciertos éxitos transitorios. Pero a los ojos de los Zimmermann, el éxito es, en el fondo, un privilegio de los detentadores del poder. Y en el fondo (aunque eso, obviamente, no se dice) los éxitos se deben conseguir exclusivamente mediante la amenaza de la violencia (como prueba de poder y, por tanto, de legitimidad). Aquello que la mano del establishment alzada para golpear puede hacer (y, por tanto, tiene supuestamente derecho a hacer y debe hacer) no puede estarle permitido a la mano que acaricia. A los ojos de los Zimmermann, la bondad que trata de intervenir (y que a veces incluso lo consigue) no es más que un truco; la dulzura no es más que violencia camuflada. Para ellos, todo cordero es un lobo con piel de cordero; los corderos auténticos no existen desde el punto de vista de los poderosos, y eso significa obviamente también que, a los ojos de quienes reconocen legitimidad solamente a la violencia y a la violencia basada en el poder, los cristianos auténticos son eo ipso hipócritas. Que los Zimmermann jamás admitan esto forma parte de la naturaleza de los Zimmermann. Y que los lobos con piel de cordero, camuflados de «no violentos», no pueden ser tolerados por los lobos honrados (que por ser los propietarios del poder, poseen también el monopolio legítimo de la violencia), es algo que se entiende por sí mismo.

ENTREV.: ¿No habrá quizá un fondo de verdad en la desconfianza ante la no violencia? ¿No será que los poderosos, y también las iglesias poderosas también las que encarnan la religión del amor, llegaron a contentarse muchas veces con la no violencia sólo porque, si no conseguían imponer sus objetivos «por las buenas» podían recurrir en cualquier momento a la violencia? ¿Y porque sabían que los sin poder lo sabían?

G. ANDERS: Es cierto. Ahora bien, usted habla de la no violencia que los poderosos se pueden permitir utilizar como medio de presión gracias a su poder, a veces durante periodos extensos. Pero no es éste nuestro tema. Porque nosotros veníamos hablando de los que no tienen poder y se encuentran bajo el estado de excepción sin poder permitirse renunciar a la

violencia si es que quieren sobrevivir, aquellos que están obligados, por tanto, a ejercer la legítima defensa o, cuando menos, a intentar con actos violentos salvar a la humanidad.

ENTREV.: Así que ya no se puede contar con usted como pacifista.

G. ANDERS: Sí que se puede. Pero para mí la paz no es un medio sino un fin; y no es un medio porque la paz es el fin. No soporto seguir viendo que nosotros, que estamos amenazados de muerte por los violentos, nosotros y nuestros descendientes, nos crucemos de brazos y no nos atrevamos a emplear la violencia contra la violencia que nos amenaza. Puesto que la afirmación de Hölderlin, que tanto gustan de citar los oradores domingueros, de que allí donde amenaza el peligro también está cerca lo que salva simplemente falsa (pues es sabido que en Auschwitz y en Hiroshima no se acercó nada que salvara), nuestra tarea es intervenir para salvar: aniquilar el peligro poniendo en peligro a los aniquiladores.

ENTREV.: ¿Ha acabado?

G. ANDERS: No. Una última frase, para que usted se la lleve como recuerdo: en los cementerios donde yaceremos nosotros nadie llorará; porque los muertos no pueden llorar a los muertos.

A modo de estímulo, y para aquellxs que quieran saber más sobre la trayectoria y el pensamiento de Günther Anders, os presentamos una bibliografía no completa de sus obras editadas en castellano.

Obras y textos de Günther Anders

- Llámese cobardía a esa esperanza. *Besatari, Bilbao 1995.*
- El hombre sin mundo. *Editorial Pre-Textos, 2007.*
- La obsolescencia del hombre (2 Vol.). *Editorial Pre-Textos, 2011*
- El piloto de Hiroshima. Más allá de los límites de la conciencia. *Paidós, 2010.*
- Nosotros, los hijos de Eichmann. *Paidós, 2010.*
- Filosofía de la situación: antología. *Los Libros de la Catarata. 2007.*
- Estado de necesidad y legítima defensa. Violencia ¿sí o no? *Contratiempos, 2007.*

Sobre Günther Anders

- Günther Anders, fragmentos de mundo.- César de Vicente Hernando. *La Oveja Roja, Madrid 2010.*